



El Reichstag, donde los invasores soviéticos de Berlín izaron su bandera —pero sobre ruinas— el 2 de mayo de 1945. El histórico edificio, incendiado en los albores del dominio hitleriano para purgar al Reich de comunistas, caía ahora en poder de los comunistas.



De manera elemental, y como armazón de la victoria, nacen en 1945 las Naciones Unidas, como eco lejano de la ginebrina Sociedad de Naciones.

chez Albornoz y Sbert, si antes no firmaban un compromiso para abstenerse de cualquier actividad política, a lo que ellos se negaron.

El manifiesto de Lausana

A mediados de marzo de 1945 el general Patton dirigía sus carros de combate entre el Mosa y el Sarre para abrir definitiva brecha en el dispositivo alemán de defensa. Esta ruptura deci-

siva precece —y ya sabemos que no es coincidencia, ante coincidencias anteriores de este tipo— al ataque político más importante que sufre el general Franco desde 1939 y seguramente en toda la historia de su régimen: el manifiesto de don Juan de Borbón fechado en Lausana el 19 de marzo de 1945, el día de San José, el aniversario de la Constitución de Cádiz, la mismísima «Pepa», santa patrona del liberalismo celtibérico.

Notemos, ante todo, la «coincidencia». A un acontecimiento decisivo para la marcha victoriosa del bando aliado en Europa, el pequeño bando monárquico español reacciona con una iniciativa política contra el régimen español y se ofrece de nuevo, pero con insistencia absoluta, como alternativa a ese régimen.

Este es el planteamiento dentro de su contexto real, pero el manifiesto es un documento tan importante que antes de proseguir el comentario debemos repasar a fondo el texto. Un texto prohibido —y tergiversado— durante años y años en la España de Franco, y que es el siguiente:

«Españoles:

Conozco vuestra dolorosa desilusión y comparto vuestros temores. Acaso lo siento más en carne viva que vosotros, ya que, en el libre ambiente de esta atalaya centroeuropea, donde la voluntad de Dios me ha situado, no pesan sobre mi espíritu ni vendas ni mordazas. A diario puedo escuchar y meditar lo que se dice sobre España.

Desde abril de 1931, en que el rey, mi padre, suspendió sus reglas prerrogativas, ha pasado España por uno de los períodos más trágicos de su historia. Durante los cinco años de la República, el estado de inseguridad y anarquía, creado por innumerables atentados, huelgas y desórdenes de toda especie, desembocó en la guerra civil que, por tres años, asoló y ensangrentó la Patria. El generoso sacrificio del Rey de abandonar el territorio nacional para evitar el derramamiento de sangre española, resultó inútil.

Hoy, pasados seis años desde que finalizó la guerra civil, el régimen implantado por el general Franco, inspirado desde el principio en los sistemas totalitarios de las potencias del Eje, tan contrario al carácter y a la tradición de nuestro pueblo, es fundamentalmente incompatible con las circunstancias que la guerra presente está creando en el mundo. La política exterior seguida por el Régimen compromete también el porvenir de la nación.

Corre España el riesgo de verse arrastrada a una nueva lucha fratricida y de encontrarse totalmente aislada del

El régimen de Franco mantuvo sistemáticamente su condena inicial a la prensa liberal y de izquierdas (archivo Gasca). En 1945 parecía posible que todos estos periódicos desahuciados retornasen a los quioscos españoles después de una victoria aliada, y la prensa doméstica se encrespaba contra sus fantasmas.

